

No seguiremos mas banderas que las de Jesucristo , á quien nos conduce el amor y la gratitud. Él nos sacó de la mas tiránica esclavitud , dándonos la libertad perdida. Pues bien, nosotros nos esclavizamos voluntariamente á nuestro Libertador, seguros de que estando con él, nada tendremos que temer aunque andemos en tinieblas de muerte. Jesucristo á quien adoramos nos sacará en salvo de todos los peligros y nos conducirá triunfantes á la felicidad del cielo.
Amen.

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA NOVENA.

*Unus militum lancea latus ejus aperuit,
et continuo exivit sanguis et aqua.*

Uno de los soldados abrió su costado con una lanza , y en el momento salió de él sangre y agua.

Joan. cap. XIX, v. 34.

¿Tenemos aun , M. A. O. , nuevos motivos de compasion ? ¿No han terminado todavía esas terribles escenas que en los dias anteriores han venido siendo objeto de nuestras meditaciones ? ¡ Ah ! Jesucristo ha concluido ya de padecer : habiendo exhalado su postrimer aliento han terminado para siempre todas sus ignominias , todos sus tormentos : y si aun ha de sufrir una nueva injuria que va á ser el objeto de nuestras consideraciones en la presente tarde , no será sensible para su humanidad sacratísima por estar ya difunto , pero derramará nueva copa de amargura , en el corazon de la Virgen purísima , para la que aun no han concluido los padecimientos y terribles dolores que viene experimentando desde que su divino Hijo se dejó prender por sus enemigos.

Parece increíble , M. A. O. , que la Sinagoga no

se halle ya satisfecha, puesto que ha terminado su obra, y ha visto satisfechos sus deseos por la muerte del Salvador. ¿Qué han dejado de hacer para atormentar á la divina Víctima? Le han colmado de injurias, le han abofeteado, le han dirigido los mayores improperios, le han coronado de espinas, saludándole como á rey de burlas, y le han cubierto con la vestidura de los dementes. En este estado sirvió de irrisión á un populacho brutal y amotinado, que le arrojaba piedras. ¿Qué mas podia hacer? Colocó sobre sus hombros el instrumento de su martirio, el madero destinado para su crucifixion, que le hicieron conducir hasta el mismo lugar de su suplicio. El modo inhumano con que se llevó á cabo la crucifixion, ha sido objeto de nuestras atenciones en discursos anteriores.

Jesus ha muerto. Tal vez el espectáculo que en aquellos solemnes momentos presenta la naturaleza sirva para que todos abran los ojos á la luz de la verdad. Mas ¡ay! que aquellos corazones son mas duros que las mismas rocas. Verdad es que no falta un centurion que esclama: Verdaderamente este era Hijo de Dios; pero entretanto resuenan aun las carcajadas de otros muchos que contentos de haber conseguido la muerte del Divino Nazareno, se regocijan en su triunfo. ¡Infeliz pueblo! La sangre del Justo á quien habeis crucificado, caerá sobre tí y sobre tus hijos. Asi lo has pedido, y asi se cumplirá. Llénate de regocijo por el pago cruel que has dado al que tantos beneficios te ha dispensado, al que te habia elegido en su bondad para que fueras su pueblo propio y peculiar.

¿Quereis ver dónde llega la crueldad de aquel pueblo bárbaro? Pues fijad, cristianos, de nuevo vuestra vista en aquel divino grupo que se vé en la cima del

Gólgota. Jesus yace cadáver en su Cruz: á los piés del Leño santo, sumida en la mayor tristeza y en el mas cruel desamparo se encuentra la Madre de la divina Víctima: espesas tinieblas cubren aquel lugar regado con la sangre de un Dios hombre. Varios soldados custodian las avenidas del Calvario, y uno de ellos poseido de su odio á Jesucristo, enristra su lanza, y abre con ella el Santísimo costado del divino Salvador, saliendo al punto por la herida sangre y agua. Aquella sacratísima Humanidad no sintió tan inhumano golpe por estar ya cadáver; pero el hierro de la lanza hizo una profundísima herida en el corazon de la Madre Virgen, cuyos dolores por disposición de la Providencia duraron mas allá de la muerte de Jesus.

Ved aquí, pues, el objeto compasivo que hoy somos llamados á contemplar: «El profundo dolor que recibió la Santísima Virgen con la lanzada que dieron á su Divino Hijo.» Del costado de Jesus salió la Iglesia, como dice el padre San Agustin: este pensamiento nos llevará como por la mano á tratar de la necesidad de una iglesia docente, y de su carácter distintivo.

Supliquemos ante todo al Señor dador de todo bien se digne comunicarnos su divina asistencia por la intercesion poderosísima de la Santísima Virgen. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Al llamar de nuevo vuestra atencion al Calvario, para que contempleis otro de los dolores que en aquella montaña santa experimentára la Santísima Virgen, no puedo menos de comprender toda la grandeza de esta Heroína admirable, llamada por Dios para asociarla á

las grandes obras de su amor y de su misericordia, y para que le ofrezca el sacrificio de su Hijo (1). Ella ha cumplido ya con sus funciones como sacerdotisa, y no solo ha consentido en la muerte de Jesus, sino que la ha deseado, por mas que fuese un agudo tormento para su corazon, porque llena de caridad sufre con una especie de gozo el sacrificio de su Hijo por la salvacion del mundo (2). ¡Qué admirable es este sacrificio de María! Nada hay que á el pueda compararse. En el Calvario se nos presenta como un abismo de bondad y de misericordia (3), cumpliendo su mision sublime de Co-rendentora del mundo. Fijad vuestra atencion en esa figura que destaca en el Calvario al pié de la Cruz del Redentor. Es María. Es el Tabernáculo de Dios con los hombres. En su seno virginal se comunicó el mismo Dios con la humana naturaleza para habitar con nosotros. Dios ha querido que tome una parte en la Redencion humana. Jesucristo estuvo en María, en cuyo seno virginal tomó nuestra carne, y ha querido que nosotros estemos en él por medio de María. Por esta causa nos hizo la donacion de su maternidad, como oísteis en el tercer dia de este novenario. ¿Y por qué nos dió este su escelso tabernáculo? Es, señores, que el hombre necesita abundancia de gracias para alcanzar la salvacion, y esta gracia que solo de Dios procede, nos la quiere otorgar por María. Esto lo explica Santo Tomás de Villanueva por estas palabras: «¡Oh feliz puerta por la que Dios entró en el mundo,

(1) Salmer. in Evang., lib. 10, tr. 41.

(2) Hoc tamen tanto dolore ac tristitia passioni ac morti Filii sui voluntate sua non repugnavit; consensit in Christi crucem ac mortem pro nostra redemptione peragenda, imo fuit illius appetentissima. (Salmer, de lamen. B. M. V.) Placuit ei quod Unigenitus ejus pro salute humani generis offeretur. S. Bonav. in I sent. dist. 48, art. 2 y 2.

(3) Abyssus in bonitate et misericordia. S. Bonav., Spec. B. M.

y por la que el hombre entra en el cielo..... Ninguno confie entrar en el cielo sino por esta puerta (1).

Nosotros pues os saludamos, ¡oh afligidísima Reina de los Mártires! No olvidaremos nunca que si Jesucristo fué la causa primera y principal de nuestra Redencion, vos fuisteis la causa segunda é instrumental, la escala misteriosa por la que Dios bajó á la tierra para que nosotros mereciésemos subir al cielo. Somos hijos de vuestros dolores.

Con la mayor atencion y el mas profundo recogimiento hemos meditado en los dias anteriores toda la afliccion de la Santísima Virgen y los grandes dolores que cual penetrante espada traspasaron su corazon durante la pasion y muerte del Hijo de sus entrañas. Hemos dicho que el conocimiento que tenia de sus perfecciones altísimas contribuyó á aumentar la acerbidad de estos dolores. Pero habiendo muerto Jesus, ¿no quedará á María mas que la profunda pena producida por sus padecimientos y su muerte? ¿No habrá ya nuevas espadas que penetren en su corazon amante y maternal?

Sí, cristianos: aun quedan nuevos martirios para el corazon de esta Madre; aun tiene que apurar mas y mas el cáliz de la amargura. Aquella Virgen sin segunda; aquella Madre tan amante como cariñosa permanece al pié de la Cruz, contemplando el yerto cadáver de su Hijo, recordando el tiempo feliz en que le llevó en sus entrañas, y aquel en que le alimentara con sus pechos; recuerda los grandes tormentos que le ha hecho sufrir la chusma judáica, cuando un ru-

(1) O felix porta per quam Deus ingressus est mundum, et per quam homo ingreditur cælum..... Nemo confidat ingredi cælum, nisi per istam portam. S. Thom. á Vill., Conc. 5 de Annunt.

mor cercano viene á sacarla de sus meditaciones. María se estremece; su corazón palpita con violencia, y teme, no sin razón, que vuelvan con el objeto de injuriar de nuevo á su difunto Hijo. Así es: los judíos suben de nuevo hasta la cumbre del Calvario con el objeto de quebrar las piernas á los ajusticiados, como lo hicieron con los ladrones, pero cuando tratan de hacer lo mismo con el Salvador, María exhala un profundo gemido al contemplar que pretenden destrozar la sagrada humanidad de su Divino Hijo, y con la mayor humildad les hace ver á los judíos que estando ya cadáver no es necesario que practiquen esta diligencia. De este modo logra que se retiren, y que no hagan aquella nueva ofensa al Hijo de sus entrañas. Mas no creáis por esto que se ha serenado el furioso huracán de tribulaciones que se venia estrellando en el corazón de la afligida Madre. Sus padecimientos no han terminado, y la mujer modelo de la humanidad va á tener aun nuevos motivos de ejercitar su paciencia y sufrimiento. En su corazón estaban grabados los clavos y las espinas; aun parece que resuenan en sus oídos los gritos y blasfemias de la chusma judáica, y tanto ha padecido que si tiene vida es por el poder de Dios que la sostiene.

No me recordeis en este momento á la madre de los Macabeos, que si bien es verdad que presencia la muerte de sus hijos, tambien lo es que no sobrevive á su martirio. No tiene pues comparacion con María que sobrevive á su Hijo despues de haber sido testigo de todos sus tormentos y de su dolorosa agonía. ¿Quién será capaz de consolar á esta afligida Madre? ¿Quién podrá darle consuelo? ¡Mas qué digo! Su dolor va á recibir nuevo incremento. Uno de los soldados que

guardaban el santo cadáver, lanza en ristre acomete al Señor, y le abre su sacratísimo costado. ¡Injuria cruel, aunque insensible para el Salvador! ¡Golpe inhumano que vino á dar de rechazo en el corazón harto lacerado de su Santísima Madre! Hé aquí, señores, abierta la puerta del cielo, y ventana del Paraíso, como la llama el venerable Granada. Contemplad esa preciosa llaga del Costado de Jesus, y saludadla con toda la reverencia posible. No era suficiente que sus piés y manos estuviesen cruelmente horadados por los clavos que le sujetaban á la Cruz; era menester mas; era preciso que aquel corazón sacratísimo rebosando caridad por nosotros fuese tambien herido con la mayor crueldad. Acerquémonos á esa fuente de salud en la que beberemos la preciosísima agua de la gracia. ¡Saludámoste oh santísima llaga del costado de nuestro Divino Redentor! Os pedimos, dulce Jesus, por ella, que así como fué herido vuestro corazón con el hierro de la lanza, y el de vuestra Madre Dolorosa con el penetrante cuchillo de su dolor, así penetren en el nuestro vuestras soberanas luces, y la gracia que tan á manos llenas os dignais concedernos, á fin de que siempre os amemos, y que nuestro único deseo sea el vivir crucificado con Vos.

¿Podremos acaso comprender, mis amados oyentes, toda la profundidad del dolor que produjo en el corazón de esta Madre Soberana la lanzada que en su divino costado recibió su Hijo Santísimo? ¿Podremos medir en nuestra limitacion la nueva copa de amargura que tuvo que gustar?

La dolorosa Madre eleva sus ojos al cielo, teniendo las manos juntas ante el pecho; pero no recibe consuelo. Mira á su alrededor, y si bien allí se encuentran

San Juan, la Magdalena y las otras piadosas mujeres, tampoco estos pueden mitigar su pena, ni aminorar su dolor. ¡Madre mia! ¡Madre de mi corazón!..... Llena de amor estendia sus brazos á la Cruz, y viendo su imposibilidad de desclavar y bajar el santo cadáver, quedaba oprimida de pena. Medita San Efrén este dolor, y la hace esclamar en estas tristes espresiones: ¡Oh Cruz santísima y venerable! ¡Inclínate á mis manos para que yo pueda coger tu dulce fruto que fué antes fruto de mis entrañas! ¡Inclínate á mis ruegos y suspiros para que yo practique con mi Hijo los piadosos oficios que debo como Madre!

Los ayes y clamores de aquella bendita Madre, resuenan por el Calvario: pero aquella nacion sacrilega, que ya se habia manchado con la sangre de los Profetas y que ahora hace verter á torrentes la del Dios de los Profetas, no oye sus lamentos: no se compadece del Hijo y tampoco ahora se compadece de la Madre. ¿Dónde están aquellos á quienes Jesucristo habia socorrido tan liberalmente? ¿Dónde los ciegos á quienes dió la vista, los mudos á quienes concedió el habla, los que estuvieron muertos y resucitaron al eco de su voz Omnipotente? ¿Dónde aquellos discípulos que eran sus compañeros inseparables, testigos de sus grandes prodigios? ¿Dónde el príncipe de todos ellos que jurára morir en su defensa si necesario fuera? ¿Por qué no acompañan á la mas afligida y desconsolada de las Madres? Pero en vano es preguntar, pues ya habia dicho el Profeta que al ser herido el Pastor se dispersarian las ovejas. El corazón purísimo de María se halla traspasado con una aguda espada de dolor; el hierro de la lanza cruel que ha herido el costado de su Hijo divino ha herido tambien el suyo del modo

mas despiadado, y solo Juan, ese discípulo amado del Señor, y las piadosas mujeres son los que no la abandonan.

Hagamos ahora, mis amadísimos hermanos, serias reflexiones sobre nuestra conducta para con esta Virgen purísima que tanto sufrió por nosotros. ¿Estamos prontos á acompañarla y prestarla consuelo en sus dolores, ó imitamos la conducta de los que la abandonaron en el día de la Redención? ¡Ah! Que si ponemos la mano en nuestro pecho, no podremos menos de conocer que hemos sido harto ingratos para esta Madre que tanto nos ama, y que desea tan solo que nos aprovechemos de los frutos de la Redención.

Si la devoción que la profesamos está fundada en la observancia de la ley de su divino Hijo; si procuramos ejercer las virtudes cristianas; si tratamos de imitar en cuanto posible nos sea el modo de obrar de la Señora, es decir, si tenemos una fé activa y operativa, que es la que obra caridad; si somos humildes, obedientes, sufridos en la adversidad; si llevamos con paciencia todas nuestras tribulaciones al modo que la Santísima Virgen fué pacientísima y resignada en el Calvario; si en suma acudimos á ella con un corazón contrito y arrepentido, suplicando por su intercesión el remedio de los males del mundo que solo de Dios procede; en este caso seremos dignos de llamarnos hijos de María, y la que tan agudos dolores sufrió por nosotros en su calidad de Co-redentora de la humanidad, aceptará nuestra devoción, escuchará nuestras plegarias, y como buena y cariñosa Madre estará dispuesta á cubrirnos con su manto de piedades.

No os dejéis alucinar, hermanos míos, por los enemigos de nuestra felicidad eterna. La impiedad hace